

**François Hartog: LE XIX SIÈCLE ET L'HISTOIRE.
LE CAS FUSTEL DE COULANGES (*)**

Al fallecer, Fustel de Coulanges (1830-1889) ocupaba la cátedra de Historia Medieval en La Sorbona, materia a la que había dedicado la mayor parte de sus años de investigador y de sus publicaciones, centrado en sus orígenes y desarrollo en Francia. A pesar de ello, sería, después de muerto, pero también en vida —lo que resulta insólito—, sobre todo y casi sólo, el historiador de la antigüedad y autor de *La ciudad antigua*, y prácticamente ignorado, cuando no menospreciado, como medievalista por sus colegas universitarios. Tan sólo revivió de forma significativa, con motivo del 75 aniversario de su nacimiento, por medio de la *Acción Francesa*, que le calificó de historiador "nacional", acercándolo y dándolo a conocer a su público, y siendo estimado como maestro entre los historiadores de la escuela de Bainville, ligada a aquellos monárquicos. Años después, en 1926 y 1928, Dimier (1) y Maurras (2), el primero brevemente, relatarían las vicisitudes de aquella conmemoración.

Más allá de cualquier otra cuestión, el acontecimiento de la Revolución francesa —la cima desde la que se comprendía la historia y se forjaba el porvenir— y una historia politizada desde la renovación efectuada por los historiadores liberales. —Guizot y Thierry en cabeza, pero también, los políticos Lamartine y Thiers

(*) Editions du Seuil (Points Histoire), París, 2001 (11 x 18 cms.), 430 págs.

(1) LOUIS DIMIER, *Vingt ans d'Action Française et autres souvenirs*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1926, págs. 85-93.

Fustel era considerado por Maurras y, consecuentemente, por sus colaboradores y seguidores, uno de los maestros de la *Acción Francesa*, cfr. L. DIMIER, *Les Maîtres de la Contre-Révolution au XIX^e siècle*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1907; *Id.*, *Les préjugés anonymes de l'histoire de France* (Nouvelle Librairie Nationale, 2 tomos, París, 1907), donde la remisión a los textos de Fustel es constante.

(2) CHARLES MAURRAS, *La bagarre de Fustel* (Librairie de France, París, 1928) y en *Devant l'Allemagne éternelle*, Éditions a l'Étoile, París, 1937, págs. 95-212.

y, por supuesto, Michelet—, a favor de o en contra de, motivó el caso Fustel.

Hartog, profesor de historia antigua durante muchos años y especialista de historiografía, antigua y moderna, actualmente en la EHESS, centra su estudio en la paradoja del medievalista apreciado como “escritor” de *La ciudad antigua*, en los motivos de la posición singular que ocupó Fustel en la historiografía de la época y en los debates que generó —sobre todo después de su muerte— su “recuperación”, especialmente por Dimier y Maurras. Hartog recorre el camino que llevó Fustel a abandonar la historia antigua de Grecia y Roma para ocuparse del medioevo francés; se ocupa del método seguido y preconizado por Fustel y, finalmente, en su capítulo más interesante y polémico, de la “muerte y vida de un «historiador nacional»”.

Obra erudita y objetiva, reedición de la de 1988 con un nuevo prólogo, sin embargo se echa de menos una mayor claridad —quizá también una mayor extensión— respecto a algunas otras razones —expuestas por Dimier y, sobre todo, por Maurras—, que motivaron la oposición al homenaje a Fustel. Bastaba con haber transcrito las primeras palabras con las que Jaurés, en el artículo de *L'Humanité* al que se refiere Hartog, se oponía a la celebración: “Un comité nacionalista, monárquico, reaccionario y clerical...”. La cuestión era la de la democracia, heredera de la Revolución francesa, y los principios del 89.

Hartog indica que el artículo de Jaurés, al oponerse a cualquier apropiación del pensamiento de Fustel, relacionaba la cuestión con el *affaire* Dreyfus, presumiendo la falsificación de que sería objeto Fustel por Maurras y el comité organizador; pero el fondo de los enfrentamientos entre *dreyfusards* y *antidreyfusards* se encontraba en los principios del 89, que era lo que combatía la Acción Francesa. De ahí el hipócrita escándalo, advertido por Maurras, de quienes, sin celebración paralela de la memoria del historiador fallecido, negaban, como Jaurés, el derecho a los demás a conmemorarlo.

Hartog señala el contrasentido y la difícil posición de quienes, entre la profesión de los historiadores, considerando superado a Fustel, no podían criticarle, pues reforzarían el argumento

de Maurras que les acusaba de silenciarlo, ni tampoco podían elogiarlo sin darle la razón a Maurras, que descubría un Fustel, nacional y tradicional, que habían desconocido o ignorado.

La cuestión de la relación perjudicial entre historiografía y política, el enfrentamiento entre la elaboración histórica y el partidismo político, y la difícil, cuando no imposible, objetividad en el historiador marcado por la ideología política, surgen con naturalidad a lo largo de este estudio sobre Fustel.

La obra contiene una amplia selección de textos (págs. 221-417) de Fustel, que explican, tanto el aprecio de los nacionalistas monárquicos hacia el partidario de una república aristocrática y corrector de los males del sufragio universal mediante la representación de intereses, como su rechazo por los republicanos demócratas.

ESTANISLAO CANTERO

**Gonzalo Puente Ojea: MI EMBAJADA
ANTE LA SANTA SEDE (*)**

Penoso libro. Que es el colofón frustrado de una vida frustrada. Siempre me sorprendió en las múltiples intervenciones televisivas del personaje su gesto hosco, su actitud atrabiliaria y desconfiada, su autoestima constantemente proclamada y reivindicada si pensaba que alguien la menoscababa... Tras la lectura de este texto se entiende todo. Porque, ¡qué fracaso la vida de Puente Ojea! Y el fracaso continuado termina reflejándose hasta en la cara.

Un joven, seguramente brillante e inteligente, ingresa en la carrera diplomática. La vida le sonreía y todo hacía suponer un futuro brillante en el que los triunfos se sucederían como las fiestas, recepciones, embajadas, conocimiento de personalidades... Por entonces, aquel joven prometededor tenía afanes apostólicos

(*) Foca, Madrid, 2002, 621 págs.